

Alvaro Fernández Pérez

*La Universidad Nacional y la
Flora de la Expedición Botánica*

Entre los signos que manifiestan el desconocimiento de importantes actividades científicas que adelanta la Universidad Nacional, podemos citar los frecuentes editoriales de conocidos escritores que recomiendan al gobierno la iniciación de trabajos de la misma índole de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada que dirigió el gaditano Don José Celestino Mutis. A escritores que han abordado este tema los hemos invitado a visitar la Universidad Nacional, en especial el Instituto de Ciencias Naturales, pero no nos han honrado con su presencia. Y no tomaría mucho tiempo demostrarles que la Universidad, en menor o casi el mismo lapso de labores que la Expedición de Mutis, ha obtenido mayores resultados científicos y que sin la cooperación de ésta no sería posible preparar en Colombia los textos modernos para la Flora que nos dejó inédita la Expedición Botánica, de la cual ya se han publicado cuatro volúmenes.

Al cumplir ahora el Instituto de ciencias Naturales de la Universidad Nacional treinta años en el desempeño de la misión que le fue encomendada, conviene medir o evaluar los resultados obtenidos. Para tal fin escogemos como escala, pero considerando las facilidades de cada época, lo que nos dejó la Expedición de Mutis, iniciada en el año de 1783 y suspendida totalmente en 1817, es decir duró 34 años que reajustamos en 30 por cuanto su actividad comenzó a mermar después del año de 1810.

Los materiales reunidos por la Expedición Botánica, plantas o herbarios, plumajes, pieles, minerales, Manuscritos y la iconografía, se enviaron a España en el año de 1817 por orden de Pablo Morillo, que cumplía instrucciones de la Corona. Todo fue empacado en 104 cajones cuya capacidad aproximada de cada uno, de acuerdo con observaciones personales en Madrid, sería de medio metro cúbico. Algunos materiales se botaron "por andar más aprisa durante la labor de empaque" según afirmó el célebre dibujante don Francisco Javier Matiz. Supongamos, por lo alto, que se botó un diez por ciento y nos daría un total de 114 cajones con una capacidad total de 57 metros cúbicos.

Las colecciones de la misma índole, excluyendo publicaciones y manuscritos, reunidos por el Instituto de Ciencias durante 30 años pueden, por lo bajo, ocupar un volumen de 300 metros cúbicos.

Pero no se trata de valorar las dos empresas en metros cúbicos, sería un gran error detenernos en la parte material solamente. Conviene analizar y comparar la calidad de las colecciones y luego evaluar las consecuencias.

Los herbarios de la Exposición, a excepción de 234 especímenes clasificados por Lineo con el concurso de Mutis y depositados hoy en Londres, llegaron a Madrid sin nombres científicos y sin localidades, es decir en completo desorden. Su total, de acuerdo con numeración convencional y contemporánea, es de 6.534 plantas, muchas tienen cuatro y hasta seis duplicados, obteniéndose un gran total de 18.000 o 22.000 exsiccata, dato que está más o menos de acuerdo con lo afirmado por don Francisco José de Caldas en 1808. Su clasificación se inició en el año de 1932 y aun no se ha terminado. El herbario de la Universidad Nacional tiene actualmente 120.000 muestras con sus correspondientes nombres científicos y otra serie de datos de interés científico y económico.

Las colecciones zoológicas de la Expedición que se limitan principalmente a plumajes son pocas y no han motivado ninguna publicación. La colección de aves preparadas del Instituto asciende a 18.500, clasificadas, ha sido básica para numerosas publicaciones técnicas y divulgativas, y constituye un motivo de orgullo para la Universidad y el país.

Otras colecciones importantes del Instituto de Ciencias son las de Mastozoología, herpetología, entomología e ictiología; las dos primeras son muy activas en investigación y divulgación. Advertimos, por último, que las muestras botánicas y zoológicas exhibidas en el Museo de Historia Natural de la Universidad han sido segregadas de las colecciones científicas del Instituto.

Con tres personajes se inició la Expedición Botánica: J. C. Mutis, Eloy Valenzuela y el dibujante Pablo Antonio García. Juntos salieron para Mariquita el día 23 de abril de 1783, inaugurando en este día la Expedición, que en los albores del siglo XIX llegó a contar con 52 miembros distribuidos así: Un Director; cuatro agregados; tres oficiales de pluma, cuarenta pintores y cuatro herbolarios.

Por el año de 1931 y en casa del doctor César Piedrahita nació el Herbario Nacional Colombiano, cimiento del actual Instituto de Ciencias Naturales. Su iniciador el doctor Enrique Pérez Arbeláez

nos describe así la fundación: “en su casa, con elementos rudimentarios, preparé los primeros ejemplares y en su compañía (se refiere a Uribe-P.) hice las primeras recolecciones, en los alrededores de Bogotá, en Florencia del Caquetá, en Villavicencio y en el Simití, cuando todavía esos campos y ríos eran linderos de la Colombia civilizada, a donde solo se llegaba andando mucho a pie y a uña de mula”. Este Instituto de Ciencias Naturales que alberga la colección descrita anteriormente, no ha tenido en sus años de existencia ni siquiera la mitad del número de personas que alcanzó a tener la expedición Mutisiana. Aunque en su nómina actual figuran 40 profesores, solamente una cuarta parte se dedica (en tiempo completo) a las labores de investigación propias del Instituto.

Los trabajos que alcanzó a publicar Mutis y los manuscritos (divulgados post mortem) no corresponden a la magnitud de la Expedición. En 1792 publicó en Cádiz un trabajo titulado “Instrucción formada por un facultativo relativa a las especies y virtudes de la Quina”, folleto en cuarto de 20 páginas; en el Papel Periódico de Santa Fe (1794) publicó el Arcano de la Quina, del cual se hizo un extracto en el Semanario de Agricultura de Madrid (1798). Publicó además varios géneros de plantas y dió nombre a otros que validó Linneo, quien hizo las diagnosis latinas; otro, **Espeletia**, publicado por Humboldt y Bonpland. Mutis dispuso de una de las mejores bibliotecas botánicas pero tuvo indecisión para publicar. Caldas criticó esta falla. No quizo Mutis sentirse viejo y perdió por su voluntad, no forzado como afirman algunos, nueve años en la administración de las minas de la Montuosa, Santa Ana y el Sapo. Si en lugar de administrar Minas, hubiera ido a Europa, el prestigio científico internacional de la Expedición tendría un nivel más sobresaliente.

El prestigio de publicaciones de la Expedición fue salvado en parte, gracias a la afortunada idea de don Francisco José de Caldas al fundar el Seminario del Nuevo Reino de Granada, considerado como el primer boletín científico de América. Con su prematura muerte se silenció la más activa y elocuente pluma científica de la Expedición.

El Instituto de Ciencias tiene tres boletines de divulgación cien-

tífica, Caldasia, Mutisia y Lozania. Nos referimos solamente a Caldasia por ser el principal, el más antiguo y considerado, por comisión internacional nombrada para valorar publicaciones, como una de los doce mejores entre más de un millar en su género de América Latina. Salió su primer número en 1940 y hoy llega a 47 compendiados en 10 volúmenes con un total de 6.521 páginas. Desafortunadamente a partir de 1958 el Instituto se vio forzado a convertirse en "honrosa madre" de facultades nacientes, necesarias en la Universidad pero discordantes con los fines del Instituto.

A las cifras de paginación de Caldasia podrían enfrentarme los "perdidos manuscritos" de la Flora de Bogotá propuesta por Mutis. Sobre los manuscritos de la Flora de Santa Fe hay conjeturas de historiadores, tanto en pro como en contra. A mi juicio, Mutis no alcanzó a escribir la Flora de Bogotá; para hacer tal afirmación me baso en lo siguiente: conozco los archivos de la Expedición Mutisiana en Madrid y la relación de lo que llegó en los 104 cajones enviados de Colombia. Aunque el doctor Guillermo Hernández de Alba, principal descubridor y divulgador de manuscritos de la Expedición, haya publicado ("Diarios de Observaciones", Vols. I y II) una serie de descripciones botánicas, estas no tienen el rigor ni siguen las normas de una Flora, son quizás apuntes que le hubieran servido a Mutis para confeccionar las descripciones latinas, modalidad de su época, acogida hoy como norma obligatoria del Código de Nomenclatura Botánica. Por otra parte doy crédito a las siguientes declaraciones de don Salvador Rizo, Mayordomo de Expedición, tomadas el 31 de julio de 1816 "Que tiene entendido que el doctor Mutis no escribió la obra científica de la Flora; aunque sí le consta que dejó muchos borradores y apuntes"; de don Sinforoso Mutis en el mismo año: "la mayor parte de las láminas están determinadas científicamente por el exponente, pues mi tío no hizo este trabajo". Conozco los nombres científicos que puso don Sinforoso a las láminas y la mayoría son desaciertos"; de don Francisco José de Caldas, en el mismo año de 1816, "El señor Mutis fue un sabio que más meditaba que escribía; y es un dolor ver tantas láminas preciosas sin los escritos que le corresponden". Y si se encontraran los textos de Mutis para la Flora de Bogotá, solo servirían para dar mayor trabajo a los botánicos actuales que se

enfrentan a la labor de cotejar apuntes descriptivos de Mutis y de Valenzuela con las láminas de la expedición que no tienen señales para relacionarlas, tampoco hay relación con los herbarios. Las láminas tienen solamente una numeración convencional que les dió el padre Lorenzo Uribe y que son el principal punto de referencia para elaborar los textos modernos de la Flora y para el entendimiento con la editorial matritense.

La iconografía, honor del mundo botánico y artístico, es la obra de mayor valor que nos dejó la Expedición Botánica. La forman 6.626 dibujos, que según datos tomados en Madrid de un inventario efectuado por el doctor José Cuatracas en 1937, se distribuyen así: láminas en folio en color 3.042; láminas medio folio en color 1.064; láminas en negro 2.520. En el herbario de la Sociedad Linneana de Londres hay 32 láminas que fueron enviadas por Mutis a Linneo; andan trasapeladas una serie que el gaditano regaló a Humboldt; 122 láminas que estaban en poder de don Mariano Lagasca, primer botánico español encargado a sueldo de la publicación de los trabajos de la Expedición (pero no lo hizo), fueron destruidas en 1823 en un asalto a la casa de éste durante un motín ocurrido en la ciudad de Sevilla.

Muy significativo es el hecho que la famosa iconografía fue obra exclusiva del hombre americano. "Mutis comprensivo, reaccionando contra el desdén de la España de su siglo hacia los criollos de las Indias, fundó sus grandes obras y las llevó a cabo con nativos de estas tierras. Y supo darles conciencia de sus capacidades y de su valer: quiso que en las láminas inmortales junto al nombre del pintor, quedara orgullosamente consignada su procedencia americana". Las palabras "Americ. pinx." (pintor americano) siguen al nombre del artista. A dos dibujantes españoles venidos de España por orden de la Corona no les permitió Mutis dar una sola pincelada. Con este descubrimiento del valor del hombre americano para el arte y para la ciencia nace la idea de liberación; idea que después de haber madurado en la Casa de la Botánica se expandió en la Nueva Granada hasta culminar con la Independencia. Aquí está la mayor consecuencia nacional de la Expedición Botánica.

Es nuestro deber continuar la publicación de la Flora de la Ex-

pedición hasta completar los 52 volúmenes estimados. Como hemos dicho anteriormente esta publicación no se podría hacer si no dispusiéramos del Herbario del Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional.

Para no alargar este comentario, quiero manifestarle a un editorialista, concretamente "Swann", que para repetir la aventura de la Expedición Botánica no necesitamos "el concurso de una docena de sabios extranjeros" como tampoco lo necesitó Mutis. Sí requerimos "mayores apoyos científicos", que pueden consistir en aprovechar mejor la capacidad criolla estimulando su obra en lugar de amenazarla con traer al foráneo. El país no adolece de naturalistas, lo que falta son oportunidades de trabajo. Con frecuencia se presenta el caso de jóvenes que después de terminar aquí carrera o de haberse especializado, mediante becas conseguidas por ellos mismos, tienen que dedicarse a actividades distintas a su especialidad. Así como el Instituto Geológico Nacional está inventariando y evaluando con buen éxito los recursos minerales, lo mismo y en forma continua debe hacer el Instituto de Ciencias Naturales con los recursos vegetales y animales. Debemos cerrar definitivamente las puertas a las anexiones que han perturbado sus actividades y a la epidemia de elaborar ambiciosos proyectos preñados de utopía y que se quedan siempre en el papel. No permitamos que se estanque la investigación criolla, pues "en ciencia el que no adelanta retrocede" ¹.

1. Para elaborar este comentario se consultaron obras y escritos de Enrique Pérez Arbeláez, Lorenzo Uribe-Uribe, Guillermo Hernández de Alba, Jaime Jaramillo Arango, Diego Mendoza y Eduardo Caballero Calderón.